



PENÉLOPE

Desde el momento en que se ama, no se es libre

(Simone de Beauvoir)

Introducción

Este tercer cuaderno de “Aletheia” lo dedicamos orgullosamente a la memoria de Simone de Beauvoir en el centenario de su nacimiento. Las obras del “Castor” -como cariñosamente la llamaba Sartre- son el mejor ejemplo de cómo puede hacerse Aletheia con la literatura. Nos devela la verdad de la existencia en la sociedad moderna sin concesiones y sin fatalismos.

En la novela “Los Mandarines”, Simone vincula las vicisitudes de la vida pública con la vida privada de modo que se iluminan una a otra y se devela la “libertad enajenada” de la cultura capitalista.

Los ensayos que conforman este número son parte de los ejercicios realizados en el seno del seminario “Aletheia” por jóvenes estudiantes de derecho admiradoras de la insigne escritora, coordinadas por el maestro Berumen, quien contribuye también con su propia interpretación de la mejor novela del “Castor”.

“LOS MANDARINES” O LA DIALÉCTICA DE LA SOLEDAD

Arturo Berumen Campos

“...de pronto la libertad cayó sobre mi

...y me sentí completamente solo...”

(Jean Paul Sartre: Las moscas)

Lo que en Sartre aparece, esencialmente, como el “para – sí” condenado a la libertad, en Simone de Beauvoir, los mandarines están condenados, existencialmente, a la soledad. No es que estemos condenados a ser libres, ¹⁵¹ sino que, si queremos ser libres, estamos condenados a la soledad. Esta parece ser la idea central de la novela “Los mandarines”: estoy condenado a la soledad porque estoy condenado a la libertad.

Simone de Beauvoir, más existencialista que Sartre, nos pone ante una alternativa inescapable: sumisión o soledad. Desde las relaciones personales hasta las relaciones políticas, los personajes centrales se debaten, infructuosamente, por escapar a este dilema existencial: quieren ser libres, pero no soportan la soledad.

Nadine

Nadine, por ejemplo, no puede estar sola, pero tampoco quiere someterse a ningún hombre:

Nadine se agarra a un hombre tras otro, porque, cuando está sola, no se siente vivir.¹⁵²

Parece Nadine, muy liberal y muy independiente. Sus padres, Robert, un intelectual de izquierda y Anne, una psicoanalista, se han visto obligados a concederle libertad sexual absoluta. Despierta simpatía en el lector, por su lucha contra la opresión masculina y contra la opresión ideológica de los intelectuales.

¹⁵¹ Sartre, *El ser y la nada* (Alianza), p. 466: “estoy condenado a ser libre.”

¹⁵² Beauvoir, *Los mandarines* (Aguilar), p. 907.

Sin embargo, en una típica dialéctica negativa,¹⁵³ termina casada y con una hija de Henri, el mejor amigo de su padre, e intelectual de izquierda también, en quien se ha querido ver al mismo Sartre personificado.

Anne

El caso de Anne refleja de una manera más compleja y más dramática, este conflicto entre soledad y libertad. Es el personaje en el que Simone penetra más íntimamente, tal vez, porque expresa, en gran medida, su propio conflicto existencial.

Aunque es una profesional exitosa, ama a Robert, lo admira y depende intelectualmente de él, Anne se siente sentimental y sexualmente sola. Tiene relaciones sexuales con Sciasinne, anticomunista fanático y agresivo, pero que no le satisfacen porque:

Bien sé yo que mi placer no tiene eco en su corazón, y si espero impaciente el suyo, es para liberarme cuanto antes. ¹⁵⁴

Y es que no acepta perder su libertad ante la agresividad del macho:

Usted cree que la soledad puede romperse a golpes de autoridad; en cuestiones de amor no hay nada más torpe. ¹⁵⁵

Lo cual también nos revela que el dominador es también prisionero de la soledad, aunque tenga libertad. Pero cuando Anne conoce, en Chicago, a Lewis, intelectual norteamericano, siente que ha logrado vencer la soledad sin menoscabo de su libertad. Se siente totalmente reconocida como persona y como mujer y se siente exultante de vivir:

Su deseo me transfiguraba. Yo, que no había gozado durante tanto tiempo, sin gusto y sin forma, tuve de nuevo senos, vientre, un sexo, una carne. Era nutritiva como el pan. Olorosa como la tierra.

Era tan milagroso, que no pensé en medir mi tiempo ni mi placer; sólo sé que nos quedamos dormidos oyendo el débil piar del alba. ¹⁵⁶

¹⁵³ Hegel, *Ciencia de la lógica*, II (Solar, 1982), P. 68: "cuando algo ha sido determinado como positivo, si se prosigue a partir de este fundamento, se nos convierte en negativo de inmediato, entre las manos, y viceversa lo que ha sido determinado como negativo, se convierte en positivo, de manera que el pensamiento reflexivo se enreda en estas determinaciones y se contradice a sí mismo."

¹⁵⁴ Beauvoir, *op. cit.* p. 111.

¹⁵⁵ *Idem.* p. 114.

¹⁵⁶ *Idem.* p. 482.

Pero, esta conciliación entre el amor y la libertad no podía ser duradera, pues estaba basada en un reconocimiento unilateral de Anne a Lewis, pero no en un reconocimiento recíproco. 157 La degradación de su amor es uno de los aspectos más conmovedores de la novela, pues es una frustración que todos hemos realizado o padecido más de una vez. Quisiéramos negar la conclusión a la que llega Anne, resignadamente:

Desde el momento en que se ama, no se es libre.¹⁵⁸

Pero Anne elige la libertad, elección que le cuesta la pérdida, sino de la vida, sí de su sentido:

La muerte está aquí; oculta ella el azul del cielo, se ha tragado al pasado y devorado el porvenir: la tierra está helada, la nada se ha apoderado de ella.¹⁵⁹

La soledad le quita el sentido a la vida, mientras que la libertad se lo otorga. El problema, en las sociedades modernas, es que ambas, la soledad y la libertad parecen ser inescindibles. O se renuncia a la libertad, es decir, al sentido de la vida o se acepta la soledad, es decir, el sinsentido de la vida. En cualquier caso, la “náusea” “infesta” la existencia.¹⁶⁰ Pero, al menos, la náusea de la soledad se encuentra un poco compensada, por la dignidad de la libertad, como le sucede a Anne.

Paule

En cambio, en el caso de Paule, la esposa de Henri no tan sólo ha renunciado a realizarse como cantante, sino que ha renunciado a la dignidad porque ha renunciado a la libertad. Está dispuesta a aceptar que Nadine sea amante de su esposo, con tal de conservar su amor y no hundirse en la soledad. Es indignante el diálogo que sostienen ambos, cuando Henri va a irse con Nadine a Portugal:

Está bien; no me acompañará – dijo, dirigiéndose a la escalera -. Pero no me vuelvas a hablar de libertad.

¿Consiste la libertad en hacerme sufrir?

157 Hegel, *Fenomenología del espíritu* (FCE), 268: “la relación entre *marido* y *esposa* es, ante todo, el *inmediato* reconocerse de una conciencia en la otra y el reconocer del mutuo ser reconocido.”

158 Beauvoir, *op. cit.* p. 625.

159 *Idem.* p. 865.

160 Cfr. Sartre, *La náusea* (Losada), pp. 255, 256: “Soy libre (...) Solo y libre. Pero esta libertad se parece un poco a la muerte.”

Si tú dices que sufres cuando yo tengo ganas de hacer algo, es preciso que elija entre ti y mi libertad

(...)

Si lo necesitas en absoluto para probarte que eres libre, prefiero que vayas con ella. No quiero que creas que yo te tiranizo.

No la llevaré, desde luego, si te quedas destrozada mientras dura ese viaje.

Más estragos sufriré si te empeñas en demoler nuestro amor por rencor.¹⁶¹

A Paule le interesa tanto más su dependencia y su sumisión a Henri que no se da cuenta que lo que éste busca con Nadine no es tanto realizar su libertad, sino superar su invencible soledad con ella, puesto no tan sólo ya no la ama, sino que no la soporta junto a sí. Esto ya nos lo había anticipado Beauvoir al principio de la novela, después de la fiesta de Navidad de 1944, cuando ambos se quedan solos y Paule quiere hacer el amor y Henri accede a ello como mal menor: “satisfacerla costaría menos tiempo que una explicación”.¹⁶² Su relación con ella se ha vuelto un completo sin sentido. La misma noche, cuando Paule se encuentra en pleno éxtasis amoroso, piensa Henri con fastidio:

...le entraron ganas de abofetearla para volverla al mundo, y, además decirle: “Soy yo, eres tú, y estamos fornicando: eso es todo”.¹⁶³

Diffícilmente puede expresarse de una manera más existencial, al mismo tiempo, la total sumisión de Paule, la absoluta soledad de Henri y la falta total de libertad de ambos.

Gran parte de la novela trata de esta dialéctica entre la sumisión de Paule y la soledad de Henri. Paule se sumerge en la más profunda mala fe, en términos de Sartre,¹⁶⁴ pues se autoengaña constantemente con respecto de amor de Henri, llegando al extremo de considerar a Henri y a su éxito literario como una obligación y una propiedad suya:

Tu vida es mi vida, puesto que he sacrificado mi vida a la tuya; tengo derechos sobre ella.¹⁶⁵

Cuando Henri la abandona y hace de la bella y joven actriz Josette, su amante, Paule cae en la locura, de la cual solo surge convertida en otra Nadine que huye de la soledad, relacionándose con cualquier hombre.

¹⁶¹ Beauvoir, *op. cit.* pp. 122, 123.

¹⁶² *Idem.* p. 37.

¹⁶³ *Ibidem.*

¹⁶⁴ Sartre, *El ser y la nada*, p. 83: “en la mala fe yo mismo me enmascaro la verdad”.

¹⁶⁵ Beauvoir, *op. cit.* p. 400.

Henri

Por su parte, Henri, su fama literaria le ha permitido, durante cierto tiempo, mantener un equilibrio precario entre la soledad y la libertad, tanto a nivel personal como a nivel político. Pero dicho equilibrio se rompe cuando, por un lado, se ve envuelto en el conflicto de denunciar o no la existencia de los campos de concentración soviéticos, a principios de los años cincuenta. Por un lado, las denuncias y las evidencias de los excomunistas, Scriasinne y Peltov, se vuelven abrumadoras. Por otro lado, las presiones y las advertencias de Robert de no hacerle el juego a la derecha, dentro del contexto de la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Robert, como “persona abstracta”,¹⁶⁶ se burla del “alma bella”¹⁶⁷ de Henri, en su discusión con éste, señalando que la derecha, a la cual éste tanto detestaba, lo cubriría de elogios si denunciaba los campos de concentración soviéticos:

Podrá componerse una buena imagen de intelectual de gran corazón, a la que toda la derecha aplaudiría. ¹⁶⁸

Y Henri contestaba, con toda la urgencia de su alma bella:

Callarse sería derrotismo; sería, a la vez, negarse a mirar las cosas de frente, y negar que se las puede cambiar; equivaldría a condenar irremediabilmente a la U.R.S.S. con el pretexto de no juzgarla. Si realmente no existe posibilidad alguna de que llegue a ser lo que debiera ser, entonces no queda en la Tierra ninguna esperanza: lo que se haga y diga carecerá de importancia.¹⁶⁹

A lo cual, Robert contestaba que los escrúpulos del alma bella eran menos importantes que los derechos adquiridos de la persona abstracta:

Así pues, compréndalo –dijo Robert- mis deberes de intelectual, el respeto a la verdad son frivolidades. La única cuestión que se plantea es la de saber si denunciando los campos, se trabaja para los hombres o contra ellos.

¹⁶⁶ Berumen, Arturo, *El alma bella y la persona abstracta* (Aletheia 12, 2016), p. 10: “ en virtud del lenguaje del derecho abstracto, la persona abstracta adquiere, a la vez, una personalidad libre e igualitaria (“se persona y trata a los demás como personas”, dice Hegel) y una personalidad enajenada, egoísta y solitaria en competencia permanente con las demás personas abstractas (“la persona es la expresión del desprecio”, dice también Hegel).”

¹⁶⁷ *Idem.* p. 11: “En virtud del lenguaje de la moral abstracta el alma bella adquiere una autoconciencia crítica (“el lenguaje del desgarramiento”, en términos de Hegel), pero también, un voluntarismo arbitrario e impotente (“una nube informe que se disuelve en el aire”, hegelianamente dicho).

¹⁶⁸ Beauvoir, *op. cit.* p. p. 608.

¹⁶⁹ *Idem.* p. 563.

(...)

Tú me dices que si me callo seré cómplice de esos campos -dijo-. Pero si hablo, me convierto en cómplice de los enemigos de la Unión Soviética, es decir, de todos aquéllos que quieren sostener al mundo tal cual es.¹⁷⁰

Cuando Henri se decide a denunciar el carácter escandaloso del régimen penitenciario de la Unión Soviética, se cuidó de decir que esto “no excusaba en ningún momento los errores del capitalismo”¹⁷¹

tratando de distinguir entre su existencia y su necesidad: y bien sabe usted que yo no he condenado en bloque al régimen soviético. Pero aceptarlo en bloque, ciegamente, es cobardía. Justifica usted lo que sea invocando esa idea de necesidad; pero es un arma de dos filos; cuando Peltov dice que los campos son necesarios, es para demostrar que el socialismo es una utopía.¹⁷²

Henri se decide, no sin duda ni desesperación, por el camino de la libertad, pero inmediatamente se queda solo, políticamente. Robert le retira su amistad y lo ataca públicamente. No se diga los comunistas que lo consideran un agente y un traidor. La derecha no puede trabajar con él, pues la detesta más aún. Se repite, en Henri, a nivel político, la alternativa ineludible entre la libertad y la soledad.

Robert

Por lo que se refiere a Robert, no quiere luchar sin la izquierda, pero su alianza con ella implica la pérdida de mucha de su autonomía ideológica. Mientras Henri que es libre, se queda solo, Robert que no quiere quedarse solo, no es del todo libre.

Tal vez en Robert pesa más el miedo a la soledad que la pérdida de la libertad política, porque ya en su vida privada, se encuentra solo y abstracto, sin relación íntima y concreta con Anne, como hemos visto.¹⁷³ En cambio, Henri se puede dar el lujo de aceptar su soledad política, porque, en su vida privada tiene a Josette y más tarde a Nadine.

¹⁷⁰ *Idem.* p. 566.

¹⁷¹ *Idem.* pp. 570, 571.

¹⁷² *Idem.* p. 576.

¹⁷³ *Idem.* p. 501: “Pero el hecho de haber encontrado a Lewis no anulaba a Robert; y la presencia de Robert, por inmensa que fuera, no calmaba la ausencia de Lewis.”

Henri

Sin embargo, ambos niveles de relación, el político y el personal, se van a mezclar en la vida de Henri, dando al traste con la pureza de su alma bella. La madre de Josette, su joven y bella amante, le pide que testimonie falsamente, a favor de un ex – miliciano que está siendo juzgado por haber denunciado y conducido a la muerte a varios ex–miembros de la resistencia, de la que Henri fuera uno de sus jefes, en la época de la ocupación alemana de Francia.

El motivo para ello es evitar que dicho sujeto cumpla su amenaza de denunciar a la misma Josette y a su madre de haber colaborado también con los nazis. Uno esperaría que el alma bella de Henri entrara en un nuevo conflicto, aún más dramático que el de denunciar o no los campos soviéticos, entre conservar a su amante y decir la verdad y mantener su libertad de pensamiento. Sin embargo, sin mayor congoja, Henri acepta mentir judicialmente, como cualquier persona abstracta, para evitar la soledad personal, pero de inmediato, pierde parte de su libertad política, pues su honorabilidad queda en entredicho y su libertad de crítica se ve limitada por este hecho.

Ante el tribunal de la historia y frente a adversarios muy poderosos, Henri prefiere la libertad, y, por tanto, la soledad. Pero ante un tribunal ordinario, sin grandes adversarios, Henri se niega a aceptar la vida sin Josette, arriesgando con ello su libertad de pensamiento político. Tal vez, en esta decisión haya intervenido el lenguaje abstracto de derecho, propio de la persona abstracta, privado de todo humanismo, como dice Simone:

Henri leyó la página mecanografiada; traducida en aquel estilo inhumano, su declaración perdía todo su peso, no le importaba firmarla.¹⁷⁴

A nivel político – histórico, Henri se siente un alma bella hegeliana, y a nivel jurídico – burocrático no le importa ser una persona abstracta, también en sentido hegeliano. La crítica del alma bella se confunde con la enajenación de la persona abstracta. Pero, por ello, Henri sacrifica parte de su libertad y huye de la soledad, abandona a Josette y se casa con Nadine que está embarazada de él y se reconcilia con Robert, su padre, quien le da la coartada perfecta de su mala fe:

No se puede hacer vida correcta en una sociedad que no lo es. Siempre sale uno cogido, por uno o, por otro lado. Una ilusión más de la que hemos de desprendernos – concluyó - no hay solución personal posible.¹⁷⁵

¹⁷⁴ *Idem.* p. 721.

¹⁷⁵ *Idem.* p. 738.

Arte

Al final, parece, que todos han sucumbido, incluso los intelectuales mandarines, al miedo a la soledad y han sacrificado parte o toda su libertad. Sin embargo, el tono pesimista, es matizado por Beauvoir, mediante el papel atribuido al arte, a la acción y al amor, en la vida humana.

En primer lugar, el arte literario, que es la salida que encuentra, sobre todo Henri, parece darle un sentido a la vida, aunque sea imaginario:

Cuando escribía se sentía instalado en la eternidad: aquello que lograba reflejar con palabras le parecía salvado para siempre.¹⁷⁶

Y la razón de ello, es que la literatura puede hacer resonar en otros los sentimientos y los pensamientos propios, aunque pasen muchos años:

Si los demás no contasen para el escritor, no valdría la pena escribir. Pero si cuentan, resulta grandioso suscitar su amistad por medio de las *palabras, su amistad y su confianza; es enorme oír resonar en ellos los mismos pensamientos que uno alberga.*¹⁷⁷

El arte trata de suplir a la acción, cuando esta es imposible, e incluso puede suscitarla. Pero para Robert, la literatura debe vincularse con la acción, para darle sentido a ambas:

Eso es lo que debiera proponerse una literatura de izquierda – añadió animando la voz- hacernos con una nueva perspectiva, colocándolas en su verdadero sitio, pero sin empobrecer el mundo. ¹⁷⁸

o de otro modo dicho:

Y también hacerla algo más habitable (a la tierra) escribiendo libros. Tal parece que es la misión de la literatura.¹⁷⁹

La literatura no tan sólo nos propone un cambio imaginario del mundo, ni tan sólo nos motiva a hacerlo existente, sino sobre todo nos ayuda a construirlo, a pesar de su desamparo, en el amor. Con todo su desencanto a cuestas, Anne exclama ante la belleza del mundo:

¹⁷⁶ *Idem.* p. 138.

¹⁷⁷ *Idem.* p. 152.

¹⁷⁸ *Idem.* p. 342.

¹⁷⁹ *Idem.* p. 205.

Se cree que al amor da al mundo su resplandor; pero también el mundo inflama el amor con sus riquezas.¹⁸⁰

Sí, pero ¿qué puede hacer el arte, la literatura, la poesía ante la dialéctica de la soledad y la libertad? ¿Hace más soportable la soledad? ¿No nos enajena más de la libertad? ¿O nos hace imaginar, luchar y construir un mundo donde la libertad no implique la soledad? Simone de Beauvoir no nos responde, por supuesto, pero pone en boca de Paule - ¿quién lo dijera? - una frase que vislumbra ese mundo, tenuemente:

...es extraño perderse absolutamente en otro. Pero ¡que recompensa cuando se vuelve a encontrar al otro en uno mismo! ¹⁸¹

¿Y si no?

¹⁸⁰ *Idem.* p. 802.

¹⁸¹ *Idem.* p. 802.

LA LITERATURA COMO RECREACIÓN DE LA VIDA EN “LOS MANDARINES” DE SIMONE DE BEAUVOIR.

Enoé García Romero

Tan aberrante como traducir en prosa un buen poema, así sería simplificar en palabras definitivas la obra de S. de Beauvoir, sin embargo, lo cierto es que, en *Los Mandarines*, la realidad es aprehendida en su diversidad y su fluidez, y la vida misma ha quedado dibujada con sus alegrías, sus angustias, sus descorazonamientos y esperanzas. Pues en cierto sentido, para Beauvoir la literatura, todavía más verdad que la vida, es también un modo de vivirla.

Una mujer, aún más que un hombre, que escribe por vocación y por oficio, es, en la totalidad de la expresión, una auténtica excepción, no sólo en el sentido cualitativo del término, sino en el sentido estadístico, sobre todo. No menos excepcional es la obra de Beauvoir. ¿Cómo apreciarla sin la arbitrariedad que ignora su espacio y tiempo, su época? ¿Cómo verla desde la perspectiva de este tiempo tan distinto al que ella vivió?

Precisamente al ser conscientes de que, en *Los Mandarines*, Beauvoir pone en cuestión su época y la evoca, al situarla en un mundo dividido en dos bloques, sumergido en las pugnas bélicas, en un mundo que, sin terminar de convalecer, lentamente se recupera de los estragos de la guerra. Así descrito, valga mencionar, su mundo y el nuestro no guardan grandes diferencias, hoy como antes, la guerra, la opresión y la injusticia perduran.

Era el año de 1944 en la Francia de la posguerra, y ante los ojos de Simón se develaba una realidad cambiante. El avance de la dominación capitalista. El triunfo efímero de la Resistencia francesa que transitaba a su fracaso era al mismo tiempo una derrota personal para una Simone siempre combativa e incansable activista. El pasado que albergó esperanzas solo había sido un espejismo, disipado este, ¿qué quedaba? desgracias, peligros, inciertas tareas, un caos. Era necesario salvar con palabras estas experiencias, contar una historia. Tal vez para Beauvoir como para Isak Dinesen “Todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia o contamos una historia sobre ellas.”

Así surge *Los Mandarines*, novela que se explica quizás, como una metáfora de la vida de los intelectuales franceses de la posguerra. En torno a sus ilusiones rotas y esperanzas compartidas, Simone y su círculo inmediato de amistades son reflejos y no fieles calcos de los personajes principales.

En efecto, los mandarines son ellos. Si bien el título pudo haber sido otro, *Los sobrevivientes*, *Los sospechosos*, *Los Griots*, finalmente, fue elegida la sugerencia de

Claude Lanzmann: Los Mandarines.¹⁸² Quizá sea imposible descifrar qué hay detrás de esa denominación, entender por qué el símil con aquel grupo de altos funcionarios chinos. Para vislumbrar una posible respuesta, es conveniente dejar de buscar completas analogías que hagan embonar perfectamente el título con la realidad. Porque a diferencia de los mandarines reales, los mandarines de Simone no lo pueden todo, no siempre son respetados ni venerados por los otros. Sin embargo, al final siempre hay algo que sí pueden: llegar al otro, informar, criticar, inconformarse, en nombre de ellos y de los demás. *Los Mandarines* de Beauvoir saben que “su suerte está ligada a la de todos” y asumen que la libertad, la opresión, la felicidad y la pena de los hombres les conciernen íntimamente. Para explicarse a sí misma, Simone tiene que retratarse en ellos.

Sin embargo, confiesa la propia Simone en *La Fuerza de las Cosas*, que, en esos momentos, su actitud ante la creación literaria era ambigua, “ya no era cuestión de mandato ni de salvación: confrontados con la bomba H y el hambre de los hombres, las palabras parecían fútiles.”¹⁸³

Precisamente uno de los temas de su novela es el equívoco del escritor, ¿Escribir o no escribir y por qué? Además ¿qué escribir? ¿Dónde encontrar un motivo para no dejar de hacerlo? Henri Perron se cuestiona y le cuestiona a su amigo Robert Dubreuilh. Y se contesta: Escribo para salvar todo aquello que la acción abandona: las verdades del momento, lo individual, lo inmediato. Henri sabe que su vida se define a través de la literatura y busca en ella un refugio, un espejo.

Así, la autora, al entregarse con insistencia al trabajo de escribir *Los Mandarines*, encuentra a través de la acción y la creación literaria, la posibilidad de que sus palabras resuenen en otras conciencias llegue a otros corazones y alcancen una medida de permanencia y durabilidad a la futilidad de la vida mortal, al efímero carácter del tiempo humano.

No sería arrebatado pensar que, en *Los Mandarines*, cada escena descrita, cual imagen dibujada, es testimonio de una viva proclividad a la expresión; como si esa inclinación a expresar fuera inherente a cada ser humano. En efecto, es a través de la creación literaria que la necesidad expresiva y comunicativa encuentra perfecto cauce e incluso su

¹⁸² Relata la autora: “en aquel otoño(...) -en el que finalmente terminó su novela- (...) : “ Me preocupé por un título. Había renunciado al de *Los sobrevivientes*, pues después de todo, la vida no se había detenido en el 44. Con agrado habría elegido *Los Sospechosos*, si la expresión no hubiese sido utilizada años antes por Darbon, pues el tema esencial era el equívoco de la condición del escritor. Sartre sugería *Los Griots*: nos gustaba compararnos con esos herreros, brujos y poetas que ciertas sociedades africanas horran, temen y desdeñan a la vez, pero resultaba demasiado esotérico.” En Beauvoir, Simone, *La fuerza de las cosas*, p. 353.

¹⁸³ Beauvoir, Simone, *La fuerza de las cosas*,

culminación, que el individuo confirma su capacidad de empezar algo nuevo, su capacidad creadora y se define como un ser de acción.

Para establecer qué sentido damos al término “acción” lo situaremos dentro de las tres actividades fundamentales que constituyen la vida activa propuesta por Hanna Arendt, labor, trabajo y acción.¹⁸⁴ De éstas tres actividades, la acción es la que mantiene más estrecha relación con la condición humana de la natalidad, “el nuevo comienzo inherente al nacimiento se deja sentir en el mundo sólo porque el recién llegado posee la capacidad de empezar algo nuevo es decir de actuar.” Con cada actuar el individuo se va definiendo, se va creando a sí mismo. Este es el sentido que Beauvoir pretende ver en las cosas. Sólo así los antiguos valores, la verdad, la moral individual, la literatura, el pensamiento no serán pulverizados. Si se quería salvarlos, era indispensable reinventarlos, se dice en alguna parte en *Los Mandarines*. Y eso es precisamente la novela que ahora comentamos, una reinención, una recreación de los valores convencionalmente aceptados, vista a través de la apreciación estética de la escritora, pero, sobre todo, de la escritora mujer que critica el mundo, la política de su tiempo y que no se conforma con el destino reservado a su condición femenina.

Por esto mismo, no ha faltado quien califique sus ideas en general y su feminismo en particular, de acérrimas y obstinadas, a nuestro entender injustamente. Pues, por ejemplo, en *Los Mandarines*, Beauvoir se aleja del discurso de género y no procura antagonismo alguno entre lo femenino y lo masculino. Sí en cambio, trata ambas condiciones, la de la mujer y la del varón, como igualmente víctimas de la vorágine de convencionalismos y deberes impuestos socialmente. Anne, uno de los personajes principales, - y quien quizás es la voz a través de la cual la autora nos deja conocer sus pensamientos- al contemplar a su hija Nadine y al joven Lambert, se dice a sí misma: “Es difícil actuar como hombre cuando en estos tiempos, esa palabra lleva una carga tan pesada: demasiados hombres maduros muertos, torturados, condecorados, o prestigiosos, se proponen como ejemplo a ese muchacho de veinticinco años, que todavía sueña con caricias maternas y con protección viril. Y pensé en esas tribus en las que se enseña a los niños varones, a partir de los cinco años a hundir en la carne viva espinas envenenadas: también entre nosotros, para adquirir la dignidad de adulto, es preciso que el macho sepa matar, hacer sufrir, martirizarse. Se abrumba de prohibiciones a las muchachas, de exigencias a los muchachos; son dos novatadas igualmente nefastas”

Anne nos da la clave para comprender la personalidad de Nadine, su dificultad para aceptar su sexo, su edad, su verdadero sitio en la Tierra. Nadine se cree mutilada cuando acepta su feminidad y también cuando la rechaza. En Nadine, Simone plasma la idea de lo

¹⁸⁴ Arendt, Hanna. *La condición humana*. 1ª edición en la colección Surcos, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005, p. 35.

femenino como una construcción aceptada, como una condición elegida¹⁸⁵. Nadine intenta encajar en el arquetipo de lo femenino y lo bello y es ella misma quien juzga que no lo logra. A Nadine le cuesta mucho llegar a “ser mujer”. En primer lugar, no se siente bonita, nadie—excepto Diego— la hace sentir verdaderamente bonita. En gran medida, esa dificultad hace a Nadine mostrarse hostil, dura, sólo para contrarrestar su vulnerabilidad. Pues “ella como mujer, desconfía de sí misma, necesita ser amada como mujer.” Sin embargo, al final, a través de la maternidad y la vida conyugal parece encontrar una posibilidad de felicidad.

En contraste, Jossette, muy diferente a Nadine, se sabe bonita y en aparente respuesta a este hecho se asume perfectamente y sin conflictos como mujer, sabe lo que los otros esperan de ella y vive para alimentar esas expectativas, su vida se reduce al salón de belleza y a las tiendas de ropa, porque los otros la reconocen como bella y, claro, como femenina.

En este sentido es claro que Beauvoir no pretendió mitificar el actuar femenino, por el contrario, quiso mostrar a las mujeres tal como ella percibía que eran. Por ejemplo, Anne y Paul, se definen a sí mismas y viven sus vidas a través de los otros. Anne tiene una profesión que se ejerce con discreción, ella no es socialmente reconocida como escritora porque no escribe como profesión, pero siente la necesidad de que su esposo Robert lo haga. Paule se define a través de Henri. Cuando ella intenta escribir no lo hace espontáneamente, sino como un recurso para atraer la atención de aquel hombre que ya no la ama.

En cambio, los personajes masculinos, especialmente Henri Perron y Robert Dubreuilh no hacen depender de sus mujeres ni su felicidad ni sus motivaciones, buscan incesantemente ser libres. En cierta medida, quizá ellos pretenden ser “los mandarines de la opinión pública”, no podemos decir si en verdad lo logran, pero se sienten seriamente responsables de representar lo más fielmente posible la opinión de la sociedad francesa de la época, se asumen comprometidos con el pueblo francés que resistió la invasión alemana durante la guerra, con las reivindicaciones de las clases oprimidas. Diríase que, en su lucha, la esperanza es su emblema y la palabra es su arma.

Los personajes en la novela de Beauvoir, como lo hemos visto, están muy lejos de ser lo que en teoría literaria se denominan personajes tipo o lineales. Más bien diríase, sin temor errar, que Beauvoir no ofrece personajes, sino la posibilidad de construir vidas, que como en la realidad, están muy lejos de caer en lo predecible, de ahí que sean más bien, personajes de carne y hueso, con sus manías y defectos, con sus equívocos y pasiones.

¹⁸⁵ En la novela aparece entre líneas la famosa frase del Segundo Sexo: “La mujer *no nace*, sino que *se hace*.”


Así por ejemplo luego de que Henri se afana por mostrar, ante todo, la verdad respecto de los campos de concentración termina por contradecirse y caer en el extremo opuesto cuando accede a rendir testimonio falso ante juez para salvar a Jossette y la madre de ésta.

Se evidencia en los personajes el hecho mismo de que el hombre es capaz de acción, lo cual significa que cabe esperarse de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable.

Nunca hubiéramos pensado que la actitud de Lewis Brogan hacia Anne primero cálida y enamorada, se transformara después en frialdad e indiferencia. Él, del amante, se convierte en el tirano que castiga a la mujer que osó amar sin entregar toda su vida. Pero Anne como la propia Simone, asume el precio de la libertad. Incluso cuando a punto de dejarse atrapar por el gran vacío de su existencia, por el deseo de no vivir más, cuando se ve sola ya sin el amor de Brogan, y se da cuenta de que ni Robert ni Nadine la necesitan más, de que su corazón ya no late para nadie, es entonces cuando el recuerdo de la vida le revela que su esencia misma es un volver a empezar.

Quizás aquí, en esa recreación de la vida por la obra y en la conciencia de que en la acción responsablemente asumida está la auténtica libertad, estaría el valor y el legado de Simone de Beauvoir. En Anne, como en Simone podemos encontrar un reflejo de aquello que es inherente a la condición humana, una invitación a asir por completo la vida través de la acción y a vislumbrar la muerte como la más probable de las contingencias, como una estrella más, fija en el horizonte.

Lo verdaderamente atrayente en la autora de Los Mandarines es que, en su empeño por construir una obra literaria y filosófica, nunca olvidó la importancia de tomar la vida a plenitud. Más aún: Beauvoir logró vivir una vida que reflejaba lo más fielmente posible sus ideas y plasmó en su obra los descubrimientos que ésta la llevó a realizar; ella misma describe así al papel de la literatura: mostrar el mundo a los demás como uno lo ve, y recordarles a los hombres, como dice Hanna Arendt: “que, aunque han de morir no han nacido para eso, sino para comenzar.”

A painting depicting a woman's legs from the knees down. She is wearing a red high-heeled shoe on her right leg and a blue high-heeled shoe on her left leg. The background is a simple, abstract composition of blue and orange. On the floor to the right, there is a sliced green apple with a bite taken out of it. The overall style is reminiscent of mid-20th-century modernist art.

*"Es extraño perderse absolutamente en otro.
Pero ¡que recompensa, cuando se vuelve a
encontrar en el otro a uno mismo!"*

(Simone de Beauvoir)